



CARLOS DEL VALLE

# Palabras que narran la Palabra

Vida consagrada  
en clave de misión

verbo divino

**Palabras que narran  
la Palabra**

Carlos del Valle

Palabras  
que narran  
la Palabra

Vida consagrada  
en clave de misión

Editorial Verbo Divino  
Avenida de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra), España  
Teléfono: 948 55 65 11  
www.verbodivino.es  
evd@verbodivino.es

© 2022, Carlos del Valle García  
© 2022, Editorial Verbo Divino

Diseño de cubierta: Francesc Sala  
Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Impreso en España - *Printed in Spain*  
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)  
Depósito legal: NA 1.407-2022  
ISBN: 978-84-9073-799-6  
ISBN Ebook: 978-84-9073-800-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Índice

Introducción:

La experiencia abre la puerta a la reflexión . . . . 9

**I. Del rol a la misión . . . . . 17**

1. Crisis de identidad, no de relevancia . . . . . 18

2. Dios nos hace un regalo: la esperanza . . . . . 36

3. Mi mensaje es mi vida . . . . . 54

**II. Misión es espiritualidad encarnada . . . . . 71**

1. Encarnación es el camino de Dios . . . . . 75

2. En misión espanta la mediocridad,  
no la debilidad . . . . . 88

3. Sin respuestas, basta una dirección . . . . . 104

**III. Amar la vida engendra vida . . . . . 115**

1. Con deseo de gustar la vida . . . . . 116

2. Si amas estás en el corazón de Dios . . . . . 134

3. Misión es leer la vida con ojos creyentes . . 148

<b>IV. Ser desde Otro y para otros</b> . . . . .	165
1. Nada tan gratificante como regalar la vida . .	166
2. Pasión es la manera de amar de Dios . . . . .	181
3. Misionero, eslabón de fraternidad . . . . .	194
<b>V. Transformar el mundo</b>	
<b>en paisaje humano</b> . . . . .	215
1. La ola busca el calor de la arena . . . . .	216
2. En búsqueda de sentido y horizonte . . . . .	232
3. La fraternidad es nuestra misión . . . . .	251
<b>Conclusión: La misión no merece la pena,</b> <b>merece la vida</b> . . . . .	269

## Introducción: La experiencia abre la puerta a la reflexión

La experiencia acumulada es la mayor riqueza que podemos ofrecer a otros. Cuando esa experiencia se comparte, se convierte en patrimonio de muchos. Pensemos que la verdadera sabiduría procede de dentro o es producto de una digestión interior de alimentos externos. «No diré nada que no sepa por experiencia», nos dice Teresa de Ávila. Antes de escribir hay que llenar la mochila, convencidos de que lo que ayer fueron errores, hoy pueden ser experiencias, porque experiencia no es lo que sucede, es lo que aprendemos de lo que nos sucede. Sin ello no se puede transmitir nada que valga la pena, pues las puras ideas suelen ser idolatrías interiores. El evangelio no es para quienes viven buscando ideas. De ahí que este libro ofrezca reflexiones tatuadas en experiencias de misión, para poder vivir al viento del Espíritu.

Enjaulamos el viento cuando preferimos teorías a relatos, conceptos a anécdotas, ideas a imágenes. Nos quedamos con verdades y desaparecen las personas. Porque las experiencias son verdad en forma de vida, son vida que explica la vida. Los conceptos sirven para aclarar una experiencia, pero no son mejores que ella. Es la práctica la que proporciona fuerza cuando es reflexionada. Permite superar un conocimiento informativo y conduce a la sabiduría del corazón. Para que un hecho se convierta en experiencia debe pasar por el esfuerzo de ser comprendido, ya que solo en atención concentrada se hace espacio al hecho para que revele su sentido y mensaje. Ese pretende ser el hilo conductor de esta obra.

Por otra parte, las ideas –contenido de la reflexión– son como las pulgas: saltan de unos a otros pero no pican a todos. Hay personas con más palabras que ideas; tienden a poner palabras donde faltan ideas. Personas que multiplican palabras y sentido de palabras, cultivan elucubraciones mentales que no sirven más que para hacer crecer egos de eruditos pedantes, con panegíricos autocomplacientes. Como si un nombre nuevo hiciera nacer una nueva realidad.

Vivimos con fiebre de consumismo de términos, muchos de rápida caducidad. Este libro ayuda a salir de ese asfalto donde las luces no

permiten ver las estrellas. La vida no consiste en conceptos, sino en vivenciar la palabra al servicio de la realidad. El lector encontrará en estas páginas reflexiones que hacen de espejo. Aunque la clave no es entender todo, sino intuir que en todo hay un significado oculto, mayor que los razonamientos. No entendemos para controlar. No se puede controlar el mar; se lo puede navegar. No tenemos poder sobre la tempestad, pero podemos aprovechar las olas para ir en la dirección deseada.

Sin pretensión de sacralizarla, me da cierta seguridad la experiencia acumulada en la misión. Es vida vivida con más o menos acierto. Pero Dios nos libre de los muy seguros, porque cuando se vive más cohibido que estimulado, uno suele optar por lo seguro. Temo a personas que no dudan, ya que si la vida implica búsqueda, la búsqueda implica dudar. La duda aleja de dogmatismos que aprisionan. Embrutecen los dogmas que frenan la razón; son verdades enlatadas. La duda permite hacer preguntas, no solo vender respuestas. De ahí que no me mueva en modelos de laboratorio alejados de realidades. Por el contrario, al leer estas páginas se puede constatar que reflexionando soy notario rezagado que levanto acta de lo que ocurre en la vida. Busco elevar la anécdota a categoría, o mejor, busco la categoría que yace al interior de cada anécdota,

pretendiendo asumir la nota callejera y elevarla a categoría de reflexión vivencial.

Con ojos abiertos, en la vida de las personas sencillas podemos encontrar todas las lecciones que Dios nos da cada día. Detrás del hecho más insignificante hay siempre algo serio: una idea, un sentimiento, una oración, uno o muchos seres humanos. Eso lleva a hacer de la propia vida ejercicio de respeto al ser humano, un ejercicio de fe, de esperanza y amor a cada persona con quien uno entra en contacto. Es la razón de ser de estos temas que trato de pasar por el corazón, siendo reflexiones que al ponerlas por escrito me han ayudado a organizar pensamientos, a matizar sentimientos, a imaginar otros puntos de vista, a ser propositivo en aspectos no simples.

Escribir un libro es un viaje, que comienza en la imaginación y termina en el recuerdo. Entre ambos, intentamos conjugar en armonía experiencia y reflexión, sencillez y profundidad, ternura y vigor, desde la humildad de la propia fragilidad. Esta obra refleja un viaje de vida. Trata de ser expresión de estar viviendo en cámara de resonancia, con pretensión de sentirme alcanzado por los sonos de fuera, y por eso pretendo aportar palabras vivas que comunican, acarician el corazón y despiertan el deseo.

Con palabras intento acariciar o arañar mentes y corazones. En la vida hay palabras que son

energía y bendición. Espero que estas lo sean con memoria y deseo. El lector encontrará afirmaciones que tienen tanto de realidad como de deseo, porque describo la realidad que conozco y la realidad que necesito; me duele el latir de mi Iglesia y de mi congregación, con sus ritmos y arritmias. Siempre hay distancia entre el horizonte que deseamos y la realidad que vivimos. De ahí que, impulsado por la nostalgia de futuro, hablo de la vida consagrada que amo y espero, poniendo la palabra al servicio de la Palabra para avanzar al ritmo de la esperanza.

En definitiva, se trata de manifestaciones patrocinadas por el ferviente deseo de sugerir cuáles de nuestras palabras narran hoy la Palabra. Lo que se escribe es subjetivo, es interpretación. Su objetividad reside en la honestidad del autor, porque la interpretación depende del *desde donde* se sitúe quien escribe. La fotografía depende del ángulo desde el que es tomada. El ángulo de estas reflexiones es el evangelio encarnado en nostalgia de periferia. De ahí que, por ejemplo, para diseñar ciertos caminos de misión, más que hablar de los pobres, hablaré desde los pobres. Eso es posible cuando hablamos menos de los pobres y más con los pobres.

Pero no acabo de atravesar el paisaje humano de nuestro estilo de vida consagrada lleno de profundos valles de intensa y dolorosa ternura, y

menos acabaré de configurarlo en pobres renglones. Por eso busco no el espejo que lo refleje todo, sino la lupa que concentre la visión en los detalles. Necesitamos un saber orientativo que capacite para ordenar tan complejo cúmulo de detalles. Esa lupa que concentra la visión de nuestra vida es la misión. El libro lleva a repensar la vida consagrada en clave de misión: consagrados por y para la misión.

Mucho se ha escrito sobre la misión y más se ha vivido. En las últimas décadas hemos centrado la reflexión de la vida consagrada primero en la autorrealización, luego en la fraternidad; hoy preocupa la profecía encarnada en la identidad y la misión. «Los llamó para que estuvieran con él y para anunciar el Reino» (Mc 3,14): estar con él, como hermanos para servir a otros. La palabra que determina nuestra vida es «tú, sígueme». La vida consagrada se hace seguimiento de Jesús cuando se encarna en la gente, libre en el Espíritu, fuerte en la esperanza, segura en el amor que la lleva.

La experiencia misionera me lleva a sentir que lo que sé del cielo proviene de la bondad de las personas, expresada en una palabra, un gesto, un comportamiento. Hay personas que con su vida inspiran muchas ideas de esta reflexión. Por eso busco desenterrar el evangelio escondido. Pero también soy deudor del pensamiento de

otros, tomando prestadas palabras ajenas y haciéndolas propias. Si libros, caminos y días dan al hombre sabiduría, leer salva la vida y escribir le da un sentido. Hay más grandeza en lo que uno lee que en lo que escribe, pues la lectura es ir de tu vida a la vida, del presente simple al presente pluscuamperfecto. Hay libros de donde sale luz, lecturas que aclaran y confirman, sanan y animan a vivir novedades. Uno entra en la lectura como cuando se enamora: por esperanza y bajo el efecto de un deseo. La lectura no busca consolar pero serena, no busca seducir pero encanta. Si logro aportar cierta matriz fecunda, es porque me he nutrido en ámbito de gigantes.

Abrir un libro es abrir una ventana con vistas al interior. Quien escribe es el eco de lo que busca, y quien ama escribiendo ignora que ha sido transfigurado. Encarna lo más débil: la luz de una vela temblando en la noche, con su llama que alumbra y titila a la vez, permite ver un poco más claro y lo hace estremeciéndose. Para ello pido en préstamo inocencia infantil y vigor profético. Aunque no escribo para convencer, porque convencer es todavía vencer, basta que un libro, transmitiendo la presencia de su autor, lleve a la atención y la sane.

Estas páginas son una invitación a caminar por el desierto buscando un pozo. Aportan afirmaciones hechas con algo de timidez y mucho

de convencimiento. Claro que es cuestión de palabras. Pero aunque los médicos largan nombres a todo, lo que saben y lo que no saben, de hecho los nombres tranquilizan a médicos y pacientes. Es decir, la palabra hace ver y armoniza el corazón. Quizá aquí aparezcan expresiones caricaturescas; también hay caricaturas más fieles que las fotografías. El humor, inteligencia emocional, siempre es arte que invita a reflexionar sonriendo.

Como especialista en generalidades, no digo todo lo que pienso, pero sí pienso todo lo que digo. No pretendo decir cosas nuevas; sí pretendo decirlas de modo personal, dándoles vida y sello de actualidad. Tampoco quiero pasar páginas dando explicaciones, porque los amigos no las necesitan, los adversarios no las creen y los ignorantes no las entienden. Pero si estas páginas no aportan novedad, sí apuntan a realidades nuevas. Los seres humanos creamos realidades y posibilidades, al ser capaces de crear actitudes que generen aptitudes, que den lugar a potencialidades y se traduzcan en posibilidades que den a luz realidades.

# I. Del rol a la misión

Respiramos crisis de orientación, que a pequeña escala tiene que ver con la frustración, el miedo, la ansiedad, el vacío, y a gran escala, con la corrupción y el déficit de ética pública. Se desmorona la columna vertebral de la sociedad, transformando las cosas en sujetos, y los sujetos en cosas. Una situación que es acogida como fatalidad paralizante y generadora de apatías. Muchos carecen de referencias básicas en su vida. No saben hacia dónde orientar las pequeñas o grandes opciones diarias, qué preferencias seguir, qué prioridades acoger. Los ideales utópicos, sus instancias y tradiciones orientativas, sirven cada vez menos. Nos acosa el virus de la desorientación, también por no haber descubierto la validez del pequeño aporte personal en el conjunto social. No olvidemos que el hombre es enemigo de lo que ignora.

Se puede llevar el caballo al río, pero no se le puede obligar a tomar agua. Cada sociedad debe

mirarse en el espejo para ver las propias arrugas. También se dan procesos complejos afrontados con interpretaciones simplistas y soluciones mágicas, que llevan a reivindicar más racionalidad de la esperanza y menos demagogia. Precisamente los religiosos tenemos la misión de reorganizar la esperanza, alimentar la utopía, aquello que en la esperanza creemos como realidad. Es una misión necesaria para no caer en precipicios de moda, sea la falsa seguridad del fundamentalismo político o religioso, el dogmatismo ideológico o la simple apatía y desesperación. Si la situación por la que pasa la vida consagrada no es repique a gloria mereciendo ser algo distinto de lo que es, lo será por su misión encarnada en la sociedad.

## **1. Crisis de identidad, no de relevancia**

El joven sueña con la jubilación; el jubilado, con la juventud. Soñamos porque vivimos. El sueño alimenta quehaceres en situaciones concretas; por eso nada mejor que el sueño para engendrar futuro. Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería. Si los sueños son ideas que duermen o las ideas son sueños que han despertado, hay que reforzar la capacidad de sueño frente a los desafíos que la sociedad plantea a la vida consagrada. No bastan análisis superficiales

y métodos repetitivos refugiándonos en el común denominador de confesores. Ya se encargará la realidad de ponerle límites al sueño.

Cuando no sepas dónde ir, sigue el perfume de un sueño, pues quien vive de ilusiones muere de realidades. Soñemos algo que no sea narcisismo autorreferencial. Pero, lejos de soñar, hay quienes se enredan con el lugar que ocupan en la sociedad, confundiendo la misión con el cargo y viviendo instalados en roles. Afrontan la vida centrados en el rol que desempeñan como si fuera misión, entregándose al rol sin gastarse en la misión.

Autoimagen y autocomprensión en la Iglesia se han vuelto clericales, identidades que cultivan ocupaciones y refuerzan roles. De este modo, tareas y función, acciones y servicios alimentan roles de autoridad (guía, director, párroco), dando seguridad y estableciendo grandes diferencias entre las personas por el rol que tienen en la sociedad. Es un desafío que lleva a soñar con una sociedad en la que nadie sea considerado en función de su lugar en ella. Si los servicios son muchos, la misión es una, algo más que prohibir pasiones y vender consuelos, es sembrar evangelio con semillas del corazón.

Se necesita todo el árbol para hacer una flor, así como para evangelizar es necesario todo lo que uno es. Pasemos del rol y las tareas a la mi-

sión, ya que somos misión, que es creer, esperar y amar en obediencia a lo que Dios quiere. Es misión lo que vivimos y lo que hacemos, porque es amar desde el corazón de Dios como enviados, y eso lleva a optar por tareas específicas. Es decir, nuestra alternativa está en si vivimos la lógica de la llamada o la de la opción personal. Eso depende de una mirada de fe sobre la propia vida, que asume el ser llamado y enviado y pospone las opciones personales a la misión. Pero tampoco se camina sin fuerza y motivación, sin pasión, enamoramiento y alegría. Recordemos que son tres los elementos que constituyen al misionero: una experiencia de relación con Dios, de la que brota un mensaje, recibido con pasión, y el lenguaje evangélico del servicio, expresado en vida, hechos y palabras.

*Vida consagrada es lo que está llamada a ser*

El camino de Emaús es el más frecuentado hoy. Huimos de la ciudad y del trabajo, de las masas humanas, el esfuerzo y el compromiso. Necesitamos descanso, evasión, olvido. Emaús es desencanto, pesimismo, narcisismo, refugio, espiritualismo evasivo, búsqueda de seguridades. Esperábamos... Nuestras esperanzas convertidas en frustraciones, amarguras, desilusiones. Es mejor olvidar, descansar, alejarse de los problemas,

retirarse a la intimidad. Han muerto las esperanzas, y sin ellas lo que importa es disfrutar de la torta que existe y olvidar lo demás.

La sociedad demanda un cambio global de tal magnitud que es fácil caer en actitudes vitales paralizantes: desánimo, desesperanza o evasión; o también llegar a mirar con irónica conmisericordia los pequeños cambios o el mesianismo redentor, como si el cambio llegara de fuera. Es peligroso dejarnos llevar por el pesimismo o aguacero de la desesperanza que echa a perder la fiesta de los emprendedores, el aguafiestas moderno.

Hoy existe una vida consagrada de mirada lánguida y aspecto cansino. Parece que son las raíces, no las ramas ni las hojas, las que resultan sacudidas produciendo crisis. Pero Casaldáliga afirma que «la crisis es la fiebre del Espíritu. Donde hay fiebre hay vida. Los muertos no tienen fiebre». De hecho una crisis agudiza el deseo y fragiliza la voluntad, o te hunde y hundes a los demás o te purifica. Es decir, la crisis puede ser germen de ocaso u oportunidad de renacimiento lleno de futuro. En toda crisis percibimos que no podemos seguir por ese camino. Son situaciones que nos vuelven sabios y humildes; oportunidad de aprender a renacer desde las cenizas porque nos dan capacidad de apreciar lo importante. Los grandes cambios siempre vienen acompañados

de fuertes sacudidas. De ahí que la crisis en la vida consagrada no sea el fin, sino inicio de algo nuevo, ya que sin crisis no hay desafíos, y sin desafíos la vida se vuelve rutina, lenta agonía, tumba del entusiasmo. La creatividad nace de las dificultades, como el día nace de la noche o el arcoíris de la tormenta. Requiere el coraje de dejar certezas, pues si no percibimos la necesidad de cambio caemos en la autocomplacencia.

Pero vayamos a la raíz. El problema en la vida consagrada no es moral sino espiritual, es cuestión de fe, de experiencia de Dios. No se trata de una crisis moral, sino de identidad, de sentido, de significación, de misión. Hoy abunda un discurso estético centrado en el ideal de la vida consagrada, lo que está llamada a ser, y no tanto lo que es. Las personas formadas para el cultivo del espíritu tienden a dar lo pensado por realizado, a identificar la realidad con el objeto de sus deseos, de sus ideales, sus sentimientos y sueños. Hay que ir a los fundamentos de la vida consagrada, porque vivimos una situación de debilidad en la experiencia de Dios y de desorientación en la misión y sus tareas. Necesitamos reconstruir el tejido del seguimiento de Jesús yendo a lo esencial: ¿Somos hoy especialistas en la experiencia de Dios y en contagiarla a otros? El cazador que persigue un elefante no se detiene a tirar piedras a los pájaros.

«La noche es el prólogo de la aurora», dice María Zambrano. «Esa luz está ya ahí y solo es necesario que la tierra, y no el sol, su fuente, gire levemente para que amanezca». Es decir, somos nosotros los que tenemos que girar para dejarnos bañar por una nueva luz y hacernos transparentes. Para ello nos centramos en la misión, pues la misión de la vida consagrada es ser vida consagrada, expresándose en mediaciones operativas. La misión se traduce en una forma de ser, de estar, de hacer, de reaccionar, de relacionarse en la Iglesia y con otros. De ahí que si la vida consagrada es misión y la misión es nuestra vida consagrada, el barómetro no es la edad o el número sino la calidad de vida. Solemos confundir la fe con piedad, sentimiento religioso o perfección moral. Pero no se trata de ser más piadosos sino más creyentes, encontrar en la fe la fuente de sentido, de identidad y fundamento de nuestra vida y misión. El horizonte siempre será Jesús con una vida centrada en el deseo del Padre y las necesidades de los hermanos.

Viktor Frankl dice que el problema del ser humano no es la falta de placer, sino la falta de sentido. Sin placer se puede vivir; sin sentido solo cabe el suicidio. La falta de sentido constituye la crisis más honda, es la raíz de la tristeza. En la fe, en la misión, nos jugamos el sentido o sinsentido de nuestra vida. Los discípulos de

Emaús pasan de un sinsentido resignado a una explosión de sentido. Cuando el cielo tiene mil razones para el gozo, la tierra presenta mil razones para la tristeza. En ellos no es la ceguera lo que produce tristeza, es la tristeza lo que produce ceguera, por eso no lo reconocen.

Aunque no hay felicidad perfecta ni perfecta infelicidad, la felicidad está en los cien pájaros que vuelan, no en el que tenemos en la mano. Si no somos perfectos, sí podemos mejorar. Para ello, buena voluntad y generosidad son importantes, pero no bastan para la firmeza y fidelidad. El mayor peligro está en sentirse sumido en el sinsentido; de ahí vienen los abandonos, o la permanencia en la institución encarnando tristeza.

Para recuperar sentido hay que saber de dónde venimos, quiénes somos y hacia dónde vamos. Hoy los religiosos pertenecemos al tiempo de la recuperación de identidad. Sin embargo, en lugar de insertarnos en la vida, donde habita el Misterio, nos encerramos redefiniendo nuestra identidad específica. Y además nos apoyamos en quejas, sin lograr mucho con ellas. Quejarse mantiene la mente centrada en el problema, no en la solución. La queja lleva a pensar e impide actuar; lleva a identificarnos con pensamientos y sentimientos negativos; provoca parálisis egocéntrica. Si las quejas alivian algo, también impiden ver lo que convie-

ne. Por el contrario, la vida es como el espejo, te sonríe si la miras sonriendo.

Algunos piensan que para diseñar el futuro hay que hacer balance del pasado, y entonces acecha la tentación de jugar a prolongar el pasado. Nos aferramos a lo que éramos. Cuando la memoria se vuelve nostálgica, vivimos fijos en el retrovisor, sin percatarnos de que la nostalgia permite olvidar las dificultades. Hay que saber cerrar etapas sin nostalgia, con alegría, porque la nostalgia consuela pero no construye. Aprendamos a mirar el pasado con humor, pues estar alegre es una forma de sencillez, que llevaría mirar el futuro con gozo, y eso es esperanza. Con la paz que da la esperanza, preguntémonos si lo que estamos haciendo hoy acerca adonde queremos estar mañana. Recordemos que las utopías de hoy son las evidencias de mañana.

Para recuperar la identidad hay que asumir que la realidad no es solo lo que somos, sino lo que queremos hacer con lo que somos. Optemos por situarnos en la utopía, como crítica al momento presente que nos hace caminar. Eso atrae el magnetismo que llega desde un futuro más humano. Ayuda a ir más allá de los hechos, con sentido humanizador. En la medida en que esperamos, deseamos, ya que la esperanza es la capacidad de desear mirando al futuro, porque quien adelante no mira, atrás se queda. Cuántas veces

podemos constatar que los especialistas en esperanza, en metas altas, son los sencillos de corazón, a quienes la espera trae ilusión, desvelos, ganas. Deseo es apasionarte por lo que haces. Si tienes un *porque* fuerte, puedes soportar cualquier *cómo*, y de hecho cuando en la vida tenemos un potente *porqué* van surgiendo *cómos* con creatividad.

### *Evangelio, centro integrador*

Aunque vivimos tiempos fuertes que ayudan a tomar conciencia, hoy desconfiamos del ideal de la razón. Vivimos en el relativismo del todo vale y en el fundamentalismo o enfermedad del débil que no acepta la deliberación. Se rechazan los grandes relatos, las cosmovisiones filosóficas o religiosas. El bienestar y la felicidad tienen que ver con cosas más sencillas, aunque a la hora de embarcar nuestras ansias de felicidad no solemos hacer referencia a lo rutinario, a la banalidad de nuestras relaciones, y, sin embargo, su pérdida significa sufrimiento y añoranza en nuestra vida.

Paraíso en la tierra será la piel de la amistad, la cálida mirada de quien nos siente próximo, el dulce y efímero sabor de quien nos cuida, todo ello sentido y vivido como sacramento de la presencia de Dios en el hermano. El primer desafío evangelizador para los «profesionales» del evangelio consistirá en permitir que Dios pene-

tre en nosotros, a través de los hermanos, dejándonos seducir por su ternura.

Lo fundamental es la relación entre la Iglesia y el evangelio, nosotros y el evangelio. El evangelio pertenece a quienes lo aceptan, porque no es teoría o doctrina sino forma de vida. Es la vida del evangelizador convertido en evangelio, una vida configurada por ese estilo de vida, abierto a que los evangelizados también evangelicen. No podemos ser misioneros sin haber acogido el evangelio; es el evangelio encarnado en nosotros lo que nos hace misioneros, contando con pasajes que nos pillan en nuestras ambigüedades idolátricas o en mezquindades egoístas. Aunque para muchos cristianos el evangelio es solo pan para comer, Jesús quiere que sea levadura en la masa. El papa Francisco trata de cimentar la Iglesia de sus sueños con la alegría del evangelio.

El evangelio se entiende cuando se vive. Es nuestro centro integrador, un centro cuya pérdida se detecta en estrés, activismo, falta de vida espiritual, poco aprecio por la vida fraterna, desarmonía interior. Sin ese centro es difícil mantener una vida abierta a la fraternidad y a la misión. La razón de ser de nuestra vida es la misión, que es cuestión de pasión por Jesús y los hermanos, evangelio encarnado. Una misión que evita el espíritu de cristiandad propio de una vida consagrada poderosa, que todo lo defi-

ne, autoriza o prohíbe, como asimismo el espíritu de las catacumbas propio de una vida consagrada discreta y oculta, en anonimato e irrelevancia. El evangelio libera de vernos atrapados en el gueto o disueltos en la sociedad desapareciendo por el desagüe de la asimilación.

De un grano que se pudre en la tierra brota la espiga, así como de un gusano sale la mariposa. De un ser humano que descubre a Jesús brota una vida de evangelio que lleva a pasar de las tareas a la misión. Es misión lo que se vive y lo que se hace, porque es amar desde el corazón de Dios como enviado que te lleva a hacer lo que amas y amar lo que haces. Ya que solo se transmite lo que se ama, habrá que seleccionar tareas según la misión carismática recibida. El carisma de mi congregación es una respuesta global a la pregunta ¿cómo evangelizar? No solo se refiere al modo particular de *realizar* la misión, sino ante todo de *vivir* la misión, de ser evangelizador, de vivir la comunión para la misión, porque los discípulos unidos son el sacramento de Cristo por excelencia.

Podemos tener creencias y ser practicantes viviendo sin fe o sin la fe de Jesús. La fe implica una historia de relación; se personaliza cuando mi relación con Jesús se hace misión, se hace reino. El reino es como una semilla, y la semilla contiene la vida, trabaja desde dentro y desde

abajo. Para que se dé esa transformación la parábola de la cizaña enseña a aceptar los defectos sin suprimirlos. Los defectos son energía que transformar; cuando los asumimos nos ayudan a crecer de otra manera. No se crece si uno no se reconcilia con su lado negativo, porque solo desde la humildad de lo real se puede creer. Hagamos la experiencia ante alguien a quien nos sentimos incapaces de amar: en vez de pretender querer a esa persona (el sentimiento no se fuerza), acogiendo nuestra incapacidad de amar podremos descubrir otro tipo de amor, más allá del sentimiento.

Si el pájaro en el árbol no tiene miedo de que la rama se rompa, es porque su confianza no está en la rama sino en sus alas. El seguidor de Jesús vive libre de máscaras y miedos. Pero también en la Iglesia hay quienes siembran miedo para cosechar sumisión. El miedo puede ser tan fuerte que silencia al amor y lleva a decir con Pedro: «no lo conozco». El miedo inhibe, acota la creatividad. Predispone a ver las cosas peor de lo que son. Con el miedo se paraliza la creatividad misionera y la misión se convierte en rutina y mero trabajo. El que recibe un talento y lo esconde en tierra es censurado no por no haber producido, sino por haberse dejado paralizar por el miedo y su imagen del señor que transmite miedo. Es testimonio de que el miedo al futuro sin salida se

hace miedo al presente sin sentido. Vida, por el contrario, coincide con la alegría que exulta y sostiene. Por eso vivir es luchar contra nuestros miedos, transmitiendo serenidad, paz y alegría. Alimenta tu alma de amor y tus miedos morirán de hambre.

Cuando están desconectados el centro de la persona y sus actividades, no puede surgir alegría profunda; la alegría es fruto de la unidad de la persona. Querriamos que nos bastara Jesús, pero cuesta vencer tantas tentaciones. Al tener un centro, todo lo exterior puede anclarse. La misión lleva a descubrir que Dios está en el propio centro, con la experiencia de que al entrar dentro de mí me encuentro con Alguien que me esperaba, y eso me lleva a beber del propio pozo. Pero si perdemos la seguridad en Dios, todas las seguridades humanas son pocas. En la oración solemos relacionarnos con Dios desde la necesidad y el deseo. Acoger el evangelio hace que Dios sea el sentido de la vida, aunque no realice nuestros deseos.

*Misión es caminar en la vida con Dios dentro*

María camina con prisa los montes de Judea hacia la casa de Isabel. Es la custodia en la procesión del Corpus: María con Dios dentro. Se queda sin prisa con Isabel aportando servicio y

alegría. Esa es nuestra misión: caminar con Dios dentro, ser portador de Dios, llevando servicio y alegría.

Cuántos esfuerzos inútiles clasificándonos como conservadores o progresistas. Es una división ideológica, que sirve para dividir y separar, no para unir e integrar. Si queremos clasificar, miremos el evangelio y podremos descubrir en él dos tipos de seres humanos: quienes encarnan orgullo, que con apariencia noble les lleva a pensar en sí mismos (la propia santificación), y quienes encarnan humildad, mostrando que en lo que viven y hacen piensan en el bien de otros. La humildad lleva a crecer en valores; es la clave de oro en nuestras relaciones. De la humildad germina la grandeza humana, porque las cosas grandes tienen origen humilde.

A la persona madura la define su capacidad de darse a otros; a la inmadura, su egocentrismo. Tentación del hombre es disponer de su vida en lugar de entregarla. Misionero es quien entiende la propia vida como servicio a los demás. Nuestro lugar en la misión es el otro. Lo que cuenta en la vida es si el seguidor de Jesús vive centrado en sí mismo o vive para los demás, la autorrealización o el reino. El principio de autorrealización hace instrumental toda relación, también la relación con Dios. Nos preocupa la búsqueda de seguridad o la disponibilidad y aco-

gida evangélica, la búsqueda de comodidad y confort o de servicio y entrega. Jesús contraponen dos imágenes: el pastor y el asalariado. El pastor conoce y ama a sus ovejas, da la vida por ellas. El pastor las cuida; el asalariado se cuida. Uno vive para que otros puedan vivir; el otro vive para sí mismo. De ahí que buen pastor no es quien sabe mucho, sino quien se acerca mucho. El misionero nunca se sentirá solo si como buen pastor vive preocupado por otros.

La vida consagrada nace como expresión carismática de la misión. Ser consagrado para la causa de Dios, el ser humano, supone inundar la esfera de lo humano con bondad, paz y fraternidad. Es el reino el sueño de Dios, el destino de la raza humana. La vida, cada vida, y la historia son la materia prima del reino al calor del Espíritu.

Pero en la vida consagrada solemos acentuar el adjetivo (consagrada) descuidando el sustantivo (vida). Hablar de vida es hablar del Espíritu, Señor y dador de vida, a pesar de que todavía una cierta vida religiosa tiene dificultades para abrazar la vida real, donde está Dios. No es posible la misión sin el fundamento de la fe o confianza en la vida, en los demás. Confianza es relación positiva y agradable con una persona, es la mayor caridad que podemos brindar a alguien. Encontramos sentido a la vida cuando confiamos; ocurra lo que ocurra estamos en buenas manos.

Aunque al principio hayamos seguido a Jesús por deseos y expectativas, como Pedro. Confianza es la fe, nuestra más fuerte unión con Dios. Describiendo experiencias de confianza no cambian las cosas, pero cambia la persona. Distinguimos la verdad como saber y la verdad como confianza: una vincula la verdad con la seguridad y la tranquilidad; la otra, con la obediencia abierta a Dios que va llevando al creyente y poniéndolo en camino.

Normalmente no vemos las cosas como son, las vemos como somos. Pablo no ataca la esclavitud, pero el corazón de quienes han sido evangelizados por él no soportará tener esclavos. Las acciones de una persona muestran de qué está hecho su corazón. De ahí que mi ser misionero dependa de si mi vida está o no guiada por experiencias de fe; uno es hombre o mujer de Dios no solo porque ora, sino también porque piensa, habla y actúa desde Dios.

Hay momentos en los que Dios visita a su pueblo; son los signos de los tiempos, que permiten hacer una lectura creyente de la realidad, ya que el Espíritu conduce al pueblo de Dios en la historia. Por eso conviene que hagamos nuestras reflexiones teológicas desde testigos y experiencias, no solo desde textos. Hagamos reflexión de la misión desde hombres y mujeres poseídos por ella, seres humanos consagrados que viven en

conversión continua hacia la misión. Como la ética, también la misión se puede entender como conducta o como sabiduría existencial. La misión no es mera acción, es vida; es vivir con los ojos fijos en él (Heb 12,2), y lo que se vive también se contagia.

Cambiamos el mundo cambiando cada uno su propio mundo, siendo exigente con uno mismo y compasivo con otros. En esa tarea las heridas hacen más fuerte; el llanto limpia el alma. En la misión no te pueden derrumbar los fracasos ni inflarte los éxitos. Parece que en el momento, en que encuentras la llave del éxito, siempre hay alguien que cambia la cerradura, para que te centres no en lo que logras, sino en lo que superas. La vida enseña que quien no se fija en sus heridas está condenado a herir a otros; también las propias heridas son oportunidad para crecer y tratar a los demás con delicadeza.

Ningún corazón tan entero como un corazón roto. El mal no tiene explicación, pero puede tener sentido, porque el dolor humaniza. Quien fundamenta su vida en el amor, no pierde sentido, aunque sufra. Podemos sufrir con paz cuando hemos fundamentado el sentido de la vida en el amor. Eso es sabiduría, saber relacionar dolor y amor. Si fundamento el sentido de mi vida en ser bueno, pecar es malo. Si lo fundamento en el amor, el pecado me puede llevar a sentir la gra-

tuidad del amor de Dios. La resurrección es la victoria del amor que sufre; ante ella, ni duda ni certeza, es cuestión de confianza. Podemos amar en el dolor; eso se nota en la paz de la persona cuando habría motivos para la desesperanza.

La aceptación es lo primero para dar sentido al sufrimiento. «Nada puede ser transformado si primero no es aceptado» (C. Jung). La aceptación humaniza. La fe que verdaderamente hace discípulos es compartir la Cruz, el camino del sufrimiento de Jesús, con la experiencia transformadora del perdón. Gn 33,10 es uno de los versículos más hermosos de la Biblia, donde Jacob ve el rostro de Dios en el hermano que perdona. De entre todas las formas de lucha contra el mal, Dios elige un modo: el de dejarse tocar por el mal y responder con el perdón. Jesús resucitado muestra sus heridas (el mal recibido) que han sido sanadas. En él triunfa el perdón y entra en la lógica de Dios. Perdonar es donar vida abierta a la esperanza. En momentos de crisis recordemos que tenemos la responsabilidad de la esperanza. Nuestra misión, antes que lugar de culto o de moral, es ser comunidad de esperanza; antes que funcionarios de lo sagrado, somos seres humanos que contagian esperanza.

Libros, mentes y paraguas sirven solo si se abren. La esperanza lleva a abrir corazones y mentes. Si en tu vida solo dispones de un marti-

llo, todos los problemas te parecerán clavos. Vivo con otras personas que me inspiran y transforman. Abiertos a otros, podemos alimentar el sentido de ser, de vivir orientados. Si vivimos abiertos, si no perdemos el deseo de comprender, aprendemos tanto con solo mirar y escuchar. No olvidemos que la forma más elevada de la inteligencia es la capacidad de observar sin juzgar. Es el primer servicio misionero a otros, abrir los ojos para reconocer a las personas que dan lo mejor de sí mismas, que son presencia de Dios. He vivido experiencias de encontrarme con alguien esperando algo, y como lo esperaba lo recibía. Pero esto es posible cuando vivimos orientados por la misión de caminar en la vida con Dios dentro. Quien lleva a Dios en la lengua, todo le sabe a Dios. Si hay un lugar privilegiado donde habita y actúa Dios es en nosotros mismos.

## **2. Dios nos hace un regalo: la esperanza**

La semilla está ya en la flor, como la gallina en el huevo. Hace bien abandonar el refugio en nostalgia de un pasado de oro, para adentrarnos en el laberíntico horizonte de un futuro por construir. También la fugacidad del presente anima a avizorar futuro que cada día empieza a ser presente. Traer el pasado al presente para que

nos renueve y proyecte al futuro. De hecho vivimos un pasado repetitivamente actual, un presente de paso y un futuro incierto y anticipado en la esperanza. Es del futuro de donde procede la fecundidad creadora de quien espera esperanzado. El religioso espera proyectando futuro con vuelo y esperanza. «De esperarla se alegra el corazón, y de esperar en ella lo que espera» (Dulce María Loynaz). Esa carga de energía refuerza la convicción de que el sueño de la vida consagrada tiene las mejores posibilidades de realización. Nuestra tarea es construir retornos de vida, sabiendo que es hacer real la nostalgia de futuro.

Para ir descubriendo las posibilidades de realización de nuestro estilo de vida, más que interrogar, queremos dejarnos interrogar, porque vivir en las preguntas lleva a vivir la fe. Importan las preguntas más que las respuestas. Las respuestas dejan satisfechos y eso permite que nos sintamos seguros, mientras que las preguntas obligan a caminar, a mirar hacia delante. Nos es más fácil dar respuestas que hacer preguntas correctas, pero en la misión hay que plantear preguntas más que ofrecer respuestas. Comencemos por enviar nuestras preguntas y ansiedades al Espíritu de Aquel que es nuestra paz.

Para los chilenos cualquier acontecimiento puede ser un evento, un hecho relevante de gran

importancia y significado. Los primeros años de misión me dediqué a enseñar, a dar respuestas. Por arte de birlibirloque el ambiente me fue contagiando nostalgia de testigo, dando razón de mi esperanza en prácticas que iluminan mi vida. Se me fue pegando el dinamismo de la esperanza que hace vivir más confiando en Dios. De hecho la esperanza es como el azúcar en el café: todo lo endulza. Acostumbrado a vivir la fe como posesión tranquila, aprendí a vivirla como apertura, búsqueda, pregunta y deseo, también en vivencias de noche oscura. Hoy me brota un «gracias a la Vida».

### *Pasión por lo posible*

Llegamos al fin de la ilusión del progreso ilimitado, al crepúsculo de las utopías, al escepticismo ante proyectos revolucionarios, con sonrisa irónica ante palabras grandilocuentes. Se diluyen los objetivos, se paralizan los estímulos, no hay metas. No entran ganas de caminar. Y justo la esperanza es eso: dinamismo del que camina, fe en camino, deseo de avanzar. La esperanza tiene fuerza, no depende de los resultados. De ahí que la pérdida de motivaciones sea su enemigo. Sin un *porqué*, no hay nada que esperar. La sala de espera estaría vacía si no hubiera esperanza en algo o en alguien. Esperanza es tener seguridad de ver la espiga en la semilla, in-

tuir la victoria en el fracaso. Porque la semilla es profecía de brotes, de pan, de hambre saciada, de caras alegres alrededor de la mesa, de vida. En definitiva, respirar esperanza es construir un entorno vital ahíto de primavera.

«Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera» (Neruda). No podrán detener el viento del Espíritu ni la fuerza de la vida. La esperanza es la fe en tensión, ejercitándose en el crecimiento. La esperanza es el amor desarrollándose, ampliando su horizonte e intensidad. Esperanza en fe y amor en cuanto crecen, fe y amor en movimiento, fe y amor en búsqueda de más.

Todo lo que se hace en la vida es hecho por la esperanza. Navegamos por rutas de la fe y del amor al viento de la esperanza. Para ello hay que poner velas a punto. Mientras haya esfuerzo hay esperanza, ya que esperanza es cultivar en el presente un buen futuro. Se justifica solo en los que caminan. Pero también en la vida consagrada hay enfermos del alma, apagados, sin esperanza, con el alma vestida de negro y con lentes oscuros. Son portadores de desprestigio de vuelo gallináceo. Si alguien no suma en nuestro estilo de vida, por lo menos que no reste. Acojamos el dinamismo de la esperanza porque, para un horizonte de futuro preñado de promesas, el Espíritu no reparte frutos sino semillas.

Hay muchos religiosos y religiosas que en la misión gozan de un tiempo de serena ilusión y activa esperanza. Son hombres y mujeres que, para alimentar la esperanza, necesitan cosas pequeñas y ojos profundos. Con el corazón según Dios se ven las cosas como las ve Dios. Dios nos abre los ojos y vemos lo que hay: un hermano que parecía extranjero, belleza que no veíamos, sentimientos ocultos bajo caparazones de poder. Hay quienes muestran con la fuerza del testimonio el camino de la bondad, siendo brújula para continuar hacia el horizonte del Amor. Y es que la música amansa las fieras, porque hay pocas cosas tan insoportables para el poder como la simple bondad. Cuando en el camino a Emaús Jesús habla al corazón de los discípulos, su mente se va llenando de luz; su corazón se va encendiendo en amor.

Si lo escuchamos a él, también en nosotros se produce el cambio de la tristeza a la alegría, de la desesperanza a la fe, del miedo a la fortaleza, de la esclavitud a la libertad, del egoísmo a la solidaridad, de la injusticia a la misericordia. Es experiencia de la santidad de Dios en su misericordia como fermento y certeza de nuestra espera. Nos lleva a ser testigos de la esperanza en un mundo desencantado, del perdón en un mundo agresivo, de la solidaridad en un mundo de egoísmos. Nos convierte en testigos del respeto y el servicio. Para el servicio de la esperanza en la

misión se nos pide ser testimonio coherente, proximidad samaritana, presencia profética.

La misión provoca el encuentro. Donde no hay encuentro no hay vida, y todo encuentro es misión porque lo que se nos ha dado es para los demás. Nuestra tienda del encuentro ya no está fuera del campamento. Podemos gozar de tiendas construidas en carne viva, con seres humanos. Ahí nos impregna la nube del Espíritu; escuchamos la palabra del Padre que resuena en el corazón; el Hijo amado nos acompaña con su Espíritu, como la savia que circula en nuestras venas. Podremos constatar que la felicidad no es solo un sentimiento de bienestar personal; tiene que ver con búsqueda de sentido, profundidad vital y capacidad de encuentro con otros. Necesitamos, por tanto, inyectarnos ilusión y esperanza en la realidad vivida, en el encuentro con otros. Pero también necesitamos utopía para no morir de realidad. De hecho la esperanza se teje con hilos de deseo y certeza porque es deseo y confianza. Pensemos que los deseos de cosas son pequeños, los deseos de personas son gratificantes y los deseos de valores son grandiosos.

Nos acecha la tentación de vivir una pastoral de conservación, no de misión. La misión lleva a abrir caminos nuevos y a caminarlos, en vez de instalarnos en seguridades paralizantes. En la misión, cuando logramos vivir con la fecundi-

dad de quien engendra esperanza, podemos gozar de días en que todo huele a tierra prometida. La esperanza nace y se cultiva en realismo; se puede expresar en optimismo, vitalidad, paciencia, perseverancia. Serán testigos de esperanza quienes se empeñan por construir un mundo más humano apoyándose unos a otros afectiva y efectivamente. Es ahí donde la esperanza se hace entrega y confianza, porque esperar es confiar, y confiar es descansar en alguien más grande al esperar algo.

La nostalgia es felicidad en forma de carencia, es agua en forma de sed, es pan en forma de hambre. La nostalgia es el vacío dejado por una plenitud, por eso se convierte en esperanza de plenitud dentro de nosotros. Jesús siempre despierta en los discípulos la esperanza de lo que les falta, con experiencia de que el dinamismo de la esperanza tiene tanto de presente como de futuro. De ahí que espera el que ora, el que sufre, el que enseña, el que trabaja y en pequeñas cosas hace que los otros se sientan dichosos. «Solo tiene derecho a esperar lo imposible aquel que se ha comprometido a fondo en la realización de lo posible» (Unamuno). De hecho la esperanza es la mayor fuerza transformadora del mundo. Por eso no hay nada más duro que trabajar y vivir sin esperanza, sin futuro. Matamos a una persona cuando ya no esperamos nada de ella.

En ese dinamismo reconocemos que grandes cuestiones dan sentido a pequeñas actuaciones. Si perdemos la visión de conjunto, nos limitaremos a paliar males sin tocar las estructuras que los causan. De ahí que la vida consagrada necesite liderazgos que estimulen la creatividad, que prefieran sueños a programas. Estos últimos son también necesarios porque son forma de encarnar sueños. Quien tiene visión la contagia y crea estilo de esperanza. Por el contrario, líderes con poca visión, con conciencia de ser el autor principal, bloquean toda creatividad. Si queremos cultivar la creatividad en la misión, el mejor clima del dinamismo en la esperanza es la cercanía a los pobres, siendo capaces de acoger el sonido de la fidelidad silenciosa de la gente sencilla.

### *Antídoto de indiferencia*

No juguemos a prolongar el pasado. Cansados de mirar hacia atrás nos convertimos en estatuas de sal. Si el lirio recordase la tempestad de ayer, no florecería nunca. En el presente las buenas costumbres prohíben lo que la rutina no impone. Pero la esperanza destruye los gérmenes de resignación en la sociedad y combate la atrofia espiritual de los satisfechos, porque es vacuna contra la apatía de la indiferencia. No se puede construir un mundo diferente con gente indife-

rente. «No tenemos en nuestras manos las soluciones para los problemas del mundo. Pero, frente a los problemas del mundo, tenemos nuestras manos. Cuando el Dios de la historia venga, nos mirará las manos» (M. Menapace). Más claro no canta el gallo.

Los misioneros son enviados en la realidad de la vida a derramar días y fuerzas en buena dosis de amor y evangelio. Es el gran desafío de la fe o el modo de vivir y pensar que lleva a relacionar con Dios la vida y la experiencia humana, para llegar a reorganizar la esperanza. Necesitaremos contemplar a Dios no solo en la palabra estática de la Biblia, sino también en el proceso histórico de la vida. Es decir, para la fe el acontecer histórico aparece cargado de densidad teológica. A mayor lucidez de fe, mayor libertad de espíritu, de palabra y acción ante los desafíos que plantea la vida.

También necesitamos una buena dosis de sabiduría, esa pariente pobre en una civilización de la eficacia que persigue la ciencia y la técnica. La técnica ha pasado a ser poder; la ciencia, religión, y la información, control. Hoy respiramos autoritarismo tecnocrático; más que las bibliotecas, proliferen los gimnasios. Ciencia y técnica no son sabiduría; lo serán en la medida en que se hagan servidoras del bien de todo el ser humano y de todos los seres humanos. Siendo cierto que los co-

nocimientos sin valores conducen al desastre, es preciso que la reflexión sobre lo que es humanizante preceda a la realización de lo que es factible.

Lo contrario del amor no es el odio, es la indiferencia. Lo contrario de la belleza no es la fealdad, es la indiferencia. Lo contrario de la fe no es la herejía, es la indiferencia. Lo contrario de la vida no es la muerte, sino la indiferencia entre la vida y la muerte (Elie Wiesel). Si no vivimos la esperanza como pasión, será indiferencia o tedio de hacer algo sin estar en ello. Para nosotros el futuro es esperanza presente, o mejor, la esperanza es el presente del futuro. La esperanza no mira hacia atrás sino para teñir de verde los recuerdos, porque recordar es arte que prepara para esperar. El creyente bíblico cree recordando y recuerda creyendo. Cuántas veces podemos contagiar sentido y capacidad de crecer en la adversidad, acompañando a vivir heridas y recuerdos de separaciones.

La esperanza y la desesperación son contagiosas. «Ya la esperanza perdida, ¿qué queda de perder en esta vida?». Quien pierde la esperanza, ama la cadena que lo esclaviza, donde el vacío abre paso al sinsentido. Por el contrario, ser esperado alimenta ser vinculado, ser perteneciente. Quien es esperado se sabe confiado a alguien, deseado por alguien, protegido, cuidado por alguien. Ser esperado infunde esperanza en la de-

bilidad, genera seguridad, sugiere confianza, bullen en las células energías de anhelo y deseo.

Entendemos el mensaje de las parábolas desde el corazón y la esperanza. Son misivas que avivan la fe y encienden la esperanza. También el discípulo es centinela de esperanza, está llamado a organizar la esperanza. Discípulo es aquel que con esperanza comprometida combate toda pena de muerte y toda pena de vida. También la esperanza fecunda la oración, y esta, más que mover el corazón de Dios, mueve el corazón del esperanzado. La persona de grandes esperanzas y buenos deseos ora, y esa oración fecunda esperanzas, buenos deseos; detiene prisa y superficialidad, dos caras de la medalla que alimenta la indiferencia.

La vida consagrada, como el embarazo, enseña a esperar. Se va modelando en la paciencia, esa actitud activa de la esperanza que sufre la espera. Paciencia es arte de vivir lo incompleto en nosotros, en los demás, en la Iglesia; es saber pasar malos momentos y digerirlos. La paciencia es un árbol de raíz amarga y frutos dulces. Claro que la esperanza está ligada a la paciencia; la paciencia es levadura que hace crecer la esperanza. Es lo que se toca en el campesino, en su vida de ayuntamiento con la tierra, que vive con los ojos en el cielo esperando el sol o la lluvia. El campesino no tiene prisa, como tampoco la tierra y el

sol. Pasada la tormenta, vuelve la esperanza. Si eres paciente en un momento de rabia, ahorrarás días de tristeza.

Los discípulos de Emaús siguen su camino saboreando tristeza de soledad, que paraliza y estanca. En ese camino se va dando el paso del miedo y la duda al reconocimiento y la misión. El miedo es expresión de lo negativo: es falta de confianza y de libertad, es tristeza, soledad, falta de esperanza; el miedo es padrastro que engendra indiferencia. También en la comunidad religiosa hay miedo a no ser amado, a no ser reconocido y valorado, y eso inhibe y paraliza. Puede presentarse con cara de ataque, arrogancia o con actitud amenazante y provocativa, que son modos de autoprotección. Como antídoto del miedo está la confianza, ya que confiar es avanzar en la noche, el temor, la angustia. En definitiva, vivir es luchar contra nuestros miedos.

El miedo es una peste contagiosa que seca la boca, moja las manos y paraliza el corazón. Es lo contrario del amor; donde existe amor no hay miedo. La agresividad y el enojo provienen del miedo. Normalmente huimos de los enojados porque despiertan nuestros miedos y nuestra agresividad. Hay quienes encaran a jóvenes desde el miedo para mantener paz social; eso es sembrar vientos para cosechar tempestades. Si en ellos descubrimos un mundo generoso, am-

plio, abierto en sus corazones, será ese el mundo que hay que cultivar con propuestas y cercanía alegre.

Es más fácil sanar a un ciego de nacimiento que a un justo con ceguera farisaica, fruto de miedos propios. Los religiosos no podemos vivir con miedo a perder prestigio y con deseo de conseguir éxitos cuantitativos, porque cuando consigues lo que quieres, ya no lo quieres. No hay nada más lejos en nuestra vida que aquello que ponemos al otro lado de nuestros miedos. Evangelizar implica no tener miedo, no infundir miedo y liberar del miedo. El misionero disipa pesadillas de quienes siguen obligados a vivir entre la necesidad y el miedo. Solo en libertad es posible reír, y reímos cuando se derrite el miedo que nos oprime y se alivian los pesares.

### *Fecundación de alegría*

Se juega para gozar, no para ganar. Comunicar sentido de la vida es una decisiva apuesta por la alegría. Contamos con voluntad de vivir alegres para dar vida. Uno está tanto más satisfecho del otro cuanto más contento está de sí mismo. No encontrarse a gusto consigo mismo incita a juzgar con dureza a los demás, pues el gozo supone reconciliación con uno mismo. «Todos los días... para un corazón contento son

un perpetuo festín» (Prov 15,15). Quien no encuentra la felicidad en sí mismo, es inútil que la busque en otra parte.

En la vida consagrada no hay caminos para la paz; la paz es el camino. Vivir las bienaventuranzas lleva a una paz interior que no depende de circunstancias adversas. Significa que el reino ha llegado a la persona, y eso se alimenta en la experiencia de que Dios me ama. Además, el encanto que emana de un alma serena tiene las cualidades de la paz, un rostro radiante y la bondad. Por el contrario, el que levanta la voz pierde parte de la razón que tenía. El sabio deja de serlo cuando se enoja. Cuando estoy contento, hago el bien y Dios se despierta. Cuando busco gozo, lo encuentro y lo saboreo, estoy más cerca de Dios. Precisamente la misión es encarnar la alegría de Dios, su pasión por los seres humanos, teniendo en cuenta que pasión y compasión van unidas. Si tienes experiencia de que la puerta de la casa de la alegría se abre hacia fuera, tu misión consistirá en ofrecer lo que llevas: gozo y misericordia. De hecho, la verdadera misión es la bondad. Si en la misión no hay buenas personas, personas que se esfuerzan por ser buenas, lo demás falla.

Cuantas veces se experimenta que cuando uno está en desolación siente que el Espíritu lo conduce con consolación al entusiasmo, valen-

tía, fuerza, ganas de entrega. Te reviste con traje de alegría. Si sientes una alegría profunda, contagiosa, desbordante, es que el Espíritu está en ti. Si sientes atracción hacia los pobres y enfermos y te mueves a compartir vida con ellos, a sanar sus heridas y vendar sus corazones, y encuentras en ello alegría, es la prueba más clara del Espíritu en ti. Al estar en tu trabajo ordinario, en tu silencio, en tu desierto, en tu oración y notas un sentimiento suave de gozo y paz que te empapa por dentro, es que el Espíritu está en ti. En ocasiones sentimos profunda alegría que nos lleva a experimentar la presencia de Dios. Pero en comunidad y en misión no se encuentra la alegría cuando no se ejercita la fe.

La espiritualidad de vigilancia es alegría de espera. La esperanza encierra una fuerza misteriosa, un soplo creador, aliento espiritual, afán superador que lleva a mirarlo todo con fe y optimismo. No se trata de que todo sea bueno, sino de ver lo bueno en todo. La persona que espera es como un niño confiado, se fía de las palabras y las promesas. Sabe leer e interpretar los signos. Conoce los sufrimientos del mundo y el poder de las tinieblas, pero también las fuerzas de vida que hay en el corazón humano.

En toda esperanza hay algo de realidad deseada, porque adelanta lo esperado. Es el peso del amor, un amor apasionado, el vigor de la alegría.

Fe y amor, esperanza y alegría son vasos comunicantes. En la espiritualidad solemos hablar de sufrir con Cristo, no tanto de gozar con Cristo. Si el ayuno era signo de tristeza, con Cristo no se puede ayunar, no se puede estar triste. En Lucas la alegría es signo de la presencia de Dios.

A fin de cuentas lo importante en la vida es que alguien en torno nuestro sea más feliz. Para ello la esperanza fecunda alegría concentrada, y suele reflejarse en el semblante, en actitudes abiertas y positivas. La esperanza multiplica las fuerzas para superar las dificultades. El hombre de esperanza es un vencedor; el que no la tiene está derrotado, porque la esperanza es el ancla que asegura la nave en la tempestad. Es una fuente inagotable de energía. Cuántas veces hemos experimentado en la vida que es mejor viajar lleno de esperanza que llegar.

Hoy el cristianismo parece más moral que anuncio salvador. Si queremos que Dios entre en el corazón de la gente, no solo por la puerta del templo, hay que evangelizar con alegría. Dar testimonio de serenidad de vida, paz del corazón, equilibrio frente a sufrimientos, ausencia de quejas. En mi caso, si lo que vivo hoy se llama calma, me costó muchas tormentas. En la misión no nos puede faltar la profecía de alegría en la entrega de la vida a los demás, porque es imposible vivir la misión sin alegría.

Pero cuando me acerco a la luz, me descubro lleno de sombras. Es tan fácil acomodarse, renunciar al mar por un vaso de agua. Si el miedo se expresa en la imagen de puertas cerradas, la alegría es madre de apertura y comunicación. El pajarillo, cuando llega su hora, se lanza al vacío y abandona el nido de la seguridad, para lanzarse a un vuelo de consecuencias imprevisibles. Yo he vivido con miedo a la profecía, ante todo en puestos de responsabilidad en la institución, primando el cuidado del patrimonio heredado. El gozo ahuyenta los temores que lo interrumpen y amenazan. La ausencia de miedo permite tomar decisiones, así como la liberación de la indiferencia abre paso a la cooperación. Parece que entre religiosos la alegría de lo cotidiano no gusta tanto; se va más bien a zonas de lo extraordinario.

Cuando uno se entusiasma con algo, lo comunica, y lo hace con alegría, por eso la alegría es el termómetro en la misión. Pero no logramos levantar el ánimo de otros repitiendo lo valiosa que es nuestra vocación. Hay que entrar en la dinámica del amor, haciendo del amor a Dios práctica de amistad feliz. En algunas experiencias Dios permite que el corazón se ensanche de modo que llegan a caber todos. En la misión tendremos que conseguir un estado de paz y gozo en las cosas de Dios, la vida de los demás. Esta-

remos humanizándonos, e incremento de lo humano implica aumento de alegría. Es decir, la alegría en nuestra existencia es raíz en tarea de evangelizar.

Aprendamos a caminar por la vida como pide el fotógrafo: ¡sonría y levante la cara! He compartido vida y misión con religiosos y religiosas alegres como los colores de una verdulería. Un religioso despierta preguntas en la gente cuando lo ven contento. Siendo la sonrisa la paz del alma, el milagro del testimonio que se entiende y se admira es la alegría. La sonrisa domina al poder y retiene la gloria. No sabemos el desorden de emociones que puede provocar nuestra sonrisa también en situaciones de sufrimiento. De ahí que el símbolo del misionero sea el pajarillo cantando en la débil rama de un rosal con espinas. Misionero es quien vive con un corazón que bombea ilusión, entusiasmo, esperanza y alegría, siendo corazón de Dios y corazón de los pobres. Dios sigue llamando, y lo hará solo donde se regala alegría.

Si vivimos contentos es síntoma de que estamos caminando sobre sendas que calientan el corazón. En la vida lo más hermoso es que tú ames, porque la alegría está en relación con el don; no puede ser solitaria, va siempre unida a dar y recibir amor. De hecho la idea del regalo es producir gozo. Por eso es una desgracia sacar

agua del propio pozo sin poder ofrecerla a nadie. Por el contrario, misión es celebrar, es abrir el corazón y compartir la alegría. Misión es festejar, compartir experiencia de alegría. En la fiesta solo se dan cita cosas bellas. Cuántas fiestas populares he convivido con la experiencia de que la amistad se suma, la tristeza se resta, la unión se multiplica y el pan y vino se dividen. La misión enseña que si poseemos un bien y no lo compartimos, no puede producir el fruto de la alegría. El joven rico en el evangelio se va triste porque siente amenazada su seguridad. Su corazón está aún lejos del tesoro donde está su alegría.

### **3. Mi mensaje es mi vida**

Hoy estoy viviendo una maravillosa experiencia de misión en ambiente de arcoíris. Me encuentro inmerso en una masa humana en diversidad, a la que me siento unido por vínculos de fraternidad y entrañas de misericordia recíproca. Mi mirada entre jóvenes sacerdotes me está permitiendo llenar la vida de nombres, rostros, historias. Eso me centra en la plegaria «Señor, enséñanos a amar la vida». También los Salmos en la Biblia son deseo de vida. En ellos un pastor, un poeta, un rey, un enfermo, un levita, han orado tan bien que Dios mismo dijo: Estas palabras

pasan a ser palabras mías. Van a otros como mías, y vuelven a Mí como de ellos (E. Ronchi).

Jesús es medicina de Dios. En él aprendemos a hablar desde la debilidad del ser humano y la fuerza de Dios. A veces no podemos hablar y hay que callar. Entonces, que hable el amor. Al comenzar una obra, parece que el futuro es vivido como mar sin orillas. Aún tengo vivo recuerdo del tiempo de luna de miel en Chile. En la parroquia sentía que tenía tanto para dar y enseñar, pero la gente esperaba ser querida. Entre tantas experiencias novedosas fui descubriendo que la vida es vida cuando es vivida en afecto y amistad. Notaba que el cariño recíproco con gente sencilla iba reavivando en mí capacidad afectiva y entendimiento, sensibilidad y vitalidad, gestos y palabras, una personalidad proclive a servir. Eso me enseñó que debía dedicarme a plantar ilusiones, a forjar mi voluntad. Ese fue el fundamento que sostuvo en mí la misión.

Erramos si pensamos que la misión es seguimiento encarnado en la profesión, enseñanza, pastoral, acciones sociales, la administración y organización de nuestras empresas educativas o evangelizadoras. Sería un seguimiento funcional, más que personal, más en la tarea que en la relación con Jesús y los hermanos. Hoy me siento llamado a ser misión, más allá de ir a la misión, porque mi mensaje es mi vida, conjugada

en gerundio. La misión es nuestra identidad, que lleva a vivir con una mirada global (en el mundo) y una mirada profunda (en Dios).

No quiere decir que todo sea misión, porque si todo es misión, nada es misión. Pero si no todo es misión, sí todo en nuestra vida tiene una dimensión misionera. La vida consagrada se comprende a partir de la misión. Se enriquece cuando vivimos los aspectos de ese estilo de vida en perspectiva de misión. De lo contrario convertiremos el trabajo pastoral en actividad profesional, la evangelización en propaganda religiosa, la liturgia en ritualismo vacío y la acción caritativa en servicio filantrópico.

### *Llamados a ser misión*

Dios no está en la enfermedad, está en el enfermo; no está en el accidente sino en el accidentado. Siempre me he sentido muy a gusto, acogido y respetado entre personas no-practicantes, que me llevó a notar simpatía hacia las víctimas de la «incredulidad». Fue para mí una experiencia cotidiana en la periferia en Santiago de Chile, en frecuentes encuentros con gente buena alejada de la Iglesia. Aprendí a hacer converger con la fe luchas y visiones, alternativas y corazones. No he pretendido convertir a otros, sino tratar de convertirme a mí mismo

cada día en el encuentro con ellos. Es una gracia que pido al Señor también en la relación con los hermanos de comunidad.

Hemos entendido la religión desde dos mundos de intereses sin convergencia: los de Dios y los de la gente. A Dios le interesa su gloria, que creamos en Él, lo alabemos y cumplamos su voluntad. Le interesa la oración, el culto y los deberes religiosos. A los seres humanos les interesa: tener salud, trabajar, disfrutar, ser felices, vivir lo mejor posible. Jesús nos dice: «He venido para que tengan vida» (Jn 10,10). Una sentencia categórica, sin derecho a réplica. Al Padre de Jesús le interesa la vida de las personas.

La sencillez de vida es lo más puro que define a la persona. Es luz en nuestro camino de humanización. Si me toca algo de franciscano es su nostalgia. La persona sencilla busca limpieza de espíritu para escuchar, libertad para no callar, vigor para actuar, ligereza de peso para caminar. Con ojos abiertos desarrolla la capacidad de asombro para descubrir los matices de la luz, del entendimiento y la sabiduría. Todos anhelamos vivir envueltos en pañales de ternura, generosidad y fecundidad, para que las personas que nos rodean también se sientan queridas, que tengan vida.

Necesitamos pensar en lo que queremos, saber hacia dónde vamos. Si la vida consiste en

creer en algo y luchar por ello, necesitamos tener visión. Una gestión eficiente, sin dirección eficaz, sería como tratar de enderezar la Torre de Pisa. Sin un plan, configurado por la visión, somos esclavos de lo inmediato. La visión lleva a poner el largo plazo por delante de fuegos de artificio, ya que no existe viento favorable para quien no sabe adónde va. La misión necesita líderes, no bomberos sino arquitectos. Líderes con visión, mensaje que saben comunicar con optimismo. La visión es imán: atrae, seduce, ilumina. Necesitamos visión misionera, porque, para quien tiene en el corazón pasión por comunicar el evangelio y hacerlo estilo de vida, todo lo demás tiene sentido. Visión misionera es tener deseo y pasión por comunicar el evangelio de Jesús.

El elemento unificante de la comunidad es la misión, ya que se constituye como grupo de personas unidas en torno a una misión compartida. Es una comunidad de discípulos para hacer discípulos, una familia donde se intenta crear cultura del discipulado. Es como el agua para el pez, el medio en el que todo existe. Si existe esa cultura, el proyecto será efectivamente hacer discípulos, el gran mandato misionero: estamos llamados a ser y hacer discípulos. Hemos de aprender a vivir juntos un estilo de vida misional, que la comunidad sea un grupo de aprendizaje misio-

nero, porque aprender a ser misioneros es ejercicio comunitario, no individual. De ahí que la pregunta que me interesa no es «¿qué misión tiene Dios para mí?», sino «¿qué tipo de “yo” quiere Dios que colabore en su misión, que siempre cuenta con una comunidad?».

El religioso o es tierno o está avinagrado. Nuestro gran deseo es tocar corazones, sentir el aliento de otros, con notas de ternura. Es un hilo fino que sostiene el sentimiento de humanidad compartida. Determina el valor de lo que hacemos, lo que somos por dentro. Dios llama no solo a ir a la misión sino a ser misión: «Vete y haz tú lo mismo». Sé samaritano en el camino de la vida. Deja entraña y tiempo en sanar heridas. Para fortalecer el corazón no hay mejor ejercicio que agacharse y levantar a los caídos.

En la misión no se trata de hablar, sino de ser, ser la Palabra. De ahí el título del libro, ser palabras que narran la Palabra. Misión del religioso es encontrarse con Dios para contagiarlo a otros. Es formar en mí mismo el rostro de Cristo. La misión hace referencia a lo esencial: creer y amar. Creer y amar lo que cree y ama Jesús. Creer es saberse habitado por una presencia amorosa; es entregar el corazón a alguien. El testigo comunica experiencia de ser amado por Dios. Creer es «estar enamorado de Dios» (Lonergan). De ahí que, más que cultivar el deber creer y amar, ten-

dremos que llegar al gusto, al placer de amar y creer. Todo lo que hacemos en la vida o nace del sentirnos amados o se vuelve deber, que luego deriva en frustración o sentido de culpa.

Es misión lo que vivo y lo que hago, por gusto y con gusto, cuando uno logra amar desde el corazón de Dios como enviado. La misión es vivir eso de «no tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesús Nazareno, camina» (Hch 3,6). El problema está en tener oro y plata y que me falte lo que soy, testigo del Nazareno. Nuestra misión está en función de la mayor realización posible del reino de Dios en la historia. Que el mundo llegue a ser hogar para todo ser humano, humanizando la humanidad. En la misión a mí me ha ayudado el lema: «Pasar de llevar a Cristo a las personas a llevar las personas a Cristo».

El rosal pincha cuando le cortas la rosa. Es una lección de que humanizar implica arte de vivir y liberar belleza y energía creadoras. Es nuestra misión, concretizada en seleccionar tareas que respondan mejor al propio carisma. El carisma nos refuerza en la convicción de que misión no es lo que hacemos sino cómo lo hacemos, desde nuestro ser misión, porque la identidad profunda de cada uno se desvela en lo ordinario. En la misión no importa tanto lo que haces, sino cómo lo haces, con cuánta verdad y

pasión, con cuánta intensidad y convicción, con cuánto amor realizas las cosas de costumbre.

El ser humano maduro tiene el centro de interés fuera de sí mismo. Centrarse en la tarea es tener, además de un trabajo, un motivo por el que vivir. Es amar algo que está por hacer, fuera de uno, pero que lo interpela, compromete e implica en su optimismo, ya que alimentados de pesimismo no vivimos la vida, la sufrimos. Lo malo de la vida se agiganta para el pesimista, y lo bueno lo hace malo, porque de todo escoge su fachada negativa. Hay quien cruza el bosque y solo ve leña para el fuego. Al elegir entre dos males, el pesimista elige ambos. Conviene alejarse de pesimistas, de aquellos que aportan un problema a cada solución. Algunos causan felicidad adonde van, otros cuando se van. En el camino de la vida encontramos personas que son como las nubes: cuando desaparecen tenemos un buen día.

Los seres humanos somos lo que hacemos para cambiar lo que somos. En ese espíritu reafirmamos que es misión lo que vivo y lo que hago. Pero la identidad del religioso no está en las cosas que hace, sino en el modo de hacerlas, que deriva del *desde dónde* las hace. Tendrá que ser desde la experiencia de Dios vivida en lo cotidiano. Lo que nos identifica con los fundadores no es lo que hacemos, ni el cómo lo hacemos,

sino por qué lo hacemos. Es el móvil de nuestro quehacer.

Estar motivado implica saber esperar. En el niño no cabe distancia entre el deseo y la satisfacción. En el adulto puede haber una larga distancia, mantenida por la motivación generadora de esperanza. Amor y motivación están unidos. La motivación genera amor-hacia, y el amor hace que encuentres motivaciones-para. Para mover conductas, la motivación es más eficaz que los premios y los castigos. Se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre. No interesa tanto lo que hacían nuestros fundadores; interesa más lo que harían hoy. Eso supone interpretación y discernimiento, con motivación, para entregarnos a la misión en cuerpo y alma, dando cuerpo y sangre como los dio Jesús.

### *Misión profética es vivir como Jesús*

A diferencia del Bautista, Jesús no ayuna, come con pecadores; más que bautizador es amigo de publicanos. Su vida es cercanía al sufrimiento de otros, acogida al débil y al enfermo, sanación de vida, ofrecimiento de perdón. Jesús nos enseña a vivir con sencillez y dignidad, con sentido y esperanza. Es buena noticia, porque introduce alegría de vivir y nos conduce en misión a ser de Dios.

El cristianismo es un humanismo al modo de Dios. En la humanidad de Jesús podemos conocer al Padre, y lo concretiza diciendo que en los pobres se sirve a Dios, según Mt 25. No hay santidad sin un profundo amor a los pobres. Si el evangelio no es para ellos, no es para nadie. La Iglesia y la vida consagrada deberán ser escuela de humanidad nueva, una escuela que enseñe que allí donde seamos más humildes, pobres, en servicio a los más necesitados, surgirá una vida consagrada renovada, que suscitará admiración e interrogación en otros. En la misión los pobres no son los únicos, pero sí los primeros.

Podemos tener fe en Jesús sin tener la fe de Jesús. Nuestra gran profecía hoy es la misión, vivir como vivió Jesús. Siempre tenemos el peligro de evadirnos fabricando doctrina. Un peligro que en nuestros documentos implica dar lo dicho por hecho. Para cambiar viviendo como Jesús, no digamos más de lo que creemos o de lo que estamos dispuestos a poner en práctica, porque leña prometida no calienta el hogar. Cuando vivimos lo que sabemos y creemos, podemos dar por supuesto el seguimiento que proclamamos, pues nadie puede cambiar nada si no se cambia a sí mismo. «No cambiaremos la vida si no cambiamos de vida» (Saramago). El cambio efectivo es siempre pan que se cuece en horno personal.

Hoy me acompaña austeridad interior de sentimientos negativos, con dudas en sentirme la persona adecuada para la tarea asumida. Misión para mí sigue siendo acompañar o despertar a personas en búsqueda del bien, la verdad y la belleza, en búsqueda de Dios. Después de 30 años en Chile, ahora me toca vivir con 180 sacerdotes provenientes de 52 países. Cuando voy al Colegio español me parece triste el arco iris de un solo color. El nuestro es un bosque de razas, colores y olores, donde cada árbol en su variedad enriquece. Un ambiente en que, con instrumentos diversos, cuenta la armonía de la melodía, sintiéndome gestor y custodio de armonía en la diversidad.

Se trata de un entorno humano que ayuda a ensanchar la visión del mundo y de los otros, donde además se tocan desafíos diversos a la misión. Si en Europa tenemos el reto de despertar, para los africanos será más bien la reconciliación. Si los latinoamericanos necesitan interioridad, en América del Norte hay demanda de identidad no definida por la exclusión. Los asiáticos deberán sentirse impelidos a fermentar en la diáspora y dialogar con culturas ancestrales. En culturas distintas y sin captar bien los modos diversos de pensar, cuántas veces bajo una capa de rebeldía pasiva se esconde un buen tesoro. Pero también en este ambiente se respira cleri-

calismo, con mucho maestro y poco discípulo, ofreciendo *in situ* la parábola del fariseo y el publicano en el templo. A veces con tanto maestro uno se siente como encargado de cementerio: todos debajo de ti, pero nadie te escucha.

No se trata de afrontar un desafío cultural, sino la formación en los seminarios de la Iglesia universal. La mayoría de nuestros sacerdotes reflejan al publicano, son humildes, se sienten frágiles, sin vanagloria de buenas obras (la sal no dice de sí misma que es salada), tolerantes y acogedores de fraternidad en igualdad; son personas sencillas que viven con puertas abiertas. El ambiente de sus Iglesias locales les ha llevado a crecer en sensibilidad ante las necesidades los demás, y de hecho se dedican a servir. Son hombres que han optado por el evangelio vivido antes que enseñado. Son estos precisamente los que sustentan la vida de la comunidad, moviéndose con la elegancia del pez en el agua. Entre ellos se respira que sin pequeñez no hay grandeza humana.

Pero es preocupante el fariseísmo propio de sacerdotes que viven del cumplimiento, con exactitud, rigidez, conscientes de sus buenas obras y pasando factura de reconocimiento. Hay espíritus fuertes que para autoprotgerse desprecian cuanto ignoran. De hecho el cumplimiento da seguridad y arrogancia en hombres de reglas fijas y horizontes mezquinos. Son personas

que, como buenos administradores del sacro, se sienten aventajados; en las críticas que hacen enmascaran el afán de presentarse superiores. En definitiva, viven cultivando una imagen de Dios y su Iglesia que les aporta privilegios, apresados como derecho y sin apertura a renunciar a esas aureolas de lo sagrado.

El clericalismo alimenta la agresividad ante los abusos de los clérigos. No es extraño que, en una sociedad de igualdad, clavo que sobresale se las vea con el martillo. Hoy sufrimos una quiebra de crédito eclesial, donde el testimonio de muchos se pierde por la incoherencia de algunos. En Cuba pude respirar que, en minoría, los creyentes somos un grupo más convencido y más alejado del clericalismo. Es también el testimonio de muchos sacerdotes de países en minoría católica. Muestran una vez más que el evangelio es demasiado sencillo, aunque hoy le demos prestigio a lo complejo por complicado.

Así como los impacientes contagian nostalgia de lentitud, también los orgullosos incitan a vivir en humildad. De mi primer párroco en Chile aprendí lo que no hay que hacer. Sigo porque sé a quién sigo, y lo encuentro en esta casa: en la mesa compartida, en palabras que interpretan la vida, en ternura de quien se ciñe la toalla, en silencios sonoros, en preguntas abiertas, en la compasión con la que tantos vibran mostrando

que humanidad es fraternidad, vida de Dios entre nosotros.

El sacerdote no está del lado de Dios frente a la gente, está al lado de la gente ante Dios. No lo sacralicemos, basta que sea profundamente humano como fue Jesús, reconocido como Dios y Señor no tanto por su sacralidad, sino por su profunda humanidad. En la institución hay quienes anteponen la supervivencia a la coherencia; pero, antes que la cohesión del cuerpo, en la Iglesia y en la vida consagrada urge la coherencia de sus miembros. No importa ser perfecto sino coherente, porque coherencia es autenticidad moral, santidad testimonial. Santo es el ser humano que lucha por vivir en Dios.

Vivimos en conversión continua hacia la misión. Como seguidores de la Palabra, la misión nos lleva a recorrer los pasos de María, que acoge en su seno al Verbo, suscitando ese dinamismo de la Palabra que transforma la vida. Hoy hay un fuerte clamor de justicia, apagado solo por la indiferencia de algunos y la desesperanza de otros. Si un ser humano muere de hambre, eso es un asesinato. Acojamos el sentido del misterio de la vida entre los pobres, esa brecha entre los que tienen-pueden-saben y los que no, que es una bofetada a la fraternidad, a la encarnación del Verbo.

En la misión intentamos llevar a las personas a «creer en Jesús». Sería mejor llevarlas a «creer

como Jesús». En Cristo «se ha hecho visible la bondad de Dios y su amor a los hombres» (Tit 3,4). Además, en el Resucitado ya no conocemos amistad que termina, fiesta que se acaba, despedida que entristece, amor que se apaga. Cuando le abrimos la puerta a Jesús comprendemos la vida en torno a él y tiene sentido en él, con la experiencia de haber encontrado el tesoro. En Jesús se aprende el arte de vivir, de hacer de la propia vida fruta madura, para otros. En los seguidores su Espíritu alimenta novedad, creatividad. A propósito... Hablamos de fidelidad creativa, ¿es que puede haber una fidelidad al Espíritu creador que no sea creativa? Si no hay creatividad, no hay fidelidad, solo habrá conservadurismo. Estamos llamados a ser fieles, no conservadores. Fidelidad a la tradición es ser fuego, no adorar cenizas. Se trata de una fidelidad a los orígenes y al futuro, al evangelio y al ser humano actual, porque fidelidad es acogida y apertura a la inagotable creatividad del Espíritu.

Nuestra cultura considera fastidioso el esfuerzo, aburrido lo cotidiano y obsoleta la fidelidad. Leyendo *El Principito* nos conmueve su fidelidad a la rosa. En medio de la noche están rompiendo estrellas de creatividad en el mundo de los consagrados. Así, la experiencia de comunidades insertas en América Latina, que quizá en un principio no sabían bien lo que querían, pero sí

sabían lo que no querían. Será necesario descubrir nuevas formas de comunidad, de comunión, siempre configuradas por la misión. Pero en la vida consagrada no basta una fidelidad *creativa*, que hace cosas nuevas con técnicas nuevas, una fidelidad inventiva donde se nos ocurren cosas. Buscamos ante todo una fidelidad *creadora*, que nos injerta en el Único que crea, y que hace nuevas todas las cosas. No es fidelidad a una función (inventar nuevas formas de estar, amar, servir), sino fidelidad al amor con que ayudamos a crear. Donde hay alegría hay creatividad. Por el contrario, cansa buscar cuando no sabes lo que buscas. El amor es fidelidad hecha de confianza y compromiso, de solidaridad y libertad. Este es el fundamento de la convivencia humana.